Domingo 21 de mayo de 1995

PRIMER PLANO/

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Arthur Schopenhauer inèdito:
PEQUEÑO BREVIARIO CINICO

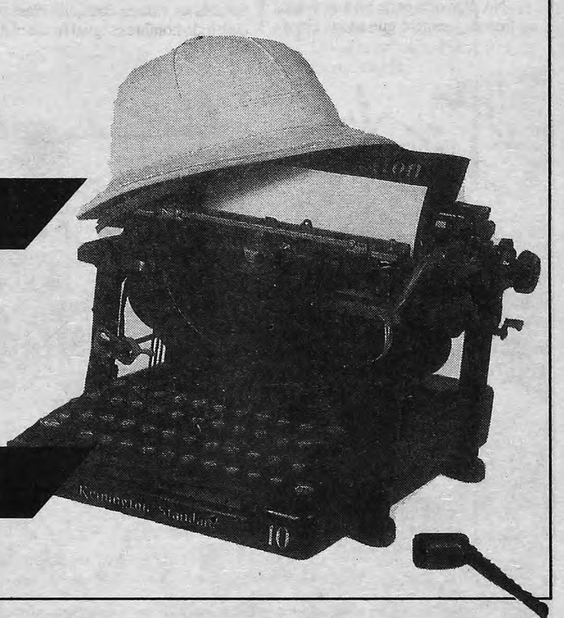
MEDICINA Y TERROR
6/7 *Entrevista a Horacio Riquelme*

ANTICIPO DE "NI UN PELO DE TONTO", 8 *novela de Richard Russo*

UNA ENTREVISTA INEDITA DE OSVALDO SORIANO A GEORGES SIMENON

Georges Simenon recibió en 1981 a Osvaldo Soriano –quien, por entonces, se encontraba en el exilio– para mantener una extensa y apasionante conversación. En ella, el inventor del policial a la francesa y de uno de sus mayores próceres, el inspector Maigret, se refirió a su enorme obra, a su forma de escribir, a las múltiples mujeres que conoció en el sentido bíblico, al suicidio de su hija, a sus monumentales memorias inéditas por entonces, entre otros temas. La entrevista del autor de "Cuentos de los años felices", "No habrá más penas ni olvido" y "Triste, solitario y final" permaneció inédita desde entonces y **Primer Plano**, con motivo de la reedición de los títulos protagonizados por Maigret, da a conocer ese diálogo memorable e imperdible entre los dos escritores.

EL HOMBRE DE LOS 500 LIBROS Y LAS 2000 AMANTES



"DECIAN QUE ESCRIBIA COMO

OSVALDO SORIANO Y CLAUDE MOINEAU

La vigencia de Georges Simenon se demuestra en la continua reedición de sus obras. Esta repercusión es una constante en el reportaje de Osvaldo Soriano al autor de "Pietr el Letón", "El difunto filántropo" y "El ahorcado de la iglesia" –recientemente editadas por Planeta como inicio de la serie completa de Maigret– realizado en 1981 y que había permanecido inédito hasta ahora. Las punzantes y demoledoras opiniones de Simenon, en las que se burla de la crítica y niega tener una técnica, se acompañan de un perfil del escritor belga realizado por Juan Sasturain donde se rescata la trayectoria de un autor que supo entender de qué se trataba el policial y la literatura popular.

Hace ya diez años que usted ha dejado de escribir novelas. Se dice que hasta hizo suprimir de su pasaporte la mención "escritor".

–Es verdad. En realidad en mi pasaporte no decía "escritor", sino "novelista". Usted sabe, los escritores son intelectuales, elitistas, gente que gusta de las lindas frases y filosofía. Yo, en cambio, fui siempre un intuitivo, de manera que exigí que se me calificara como "novelista". El novelista es un alguien que crea personajes, mientras que un escritor los utiliza apenas para ilustrar el texto, así que yo no quiero que me confundan con ellos. Desde el momento que dejé de escribir novelas hice cambiar la mención en mi pasaporte y en todos mis papeles. Hice poner "sin profesión".

–Pero ha vuelto a escribir.

–No, no, es diferente... como si usted me dijera que los políticos que escriben libros son escritores. Ahora escribo mis memorias, y ¿quién escribe hoy en día sus memorias? Desde los periodistas y las vedettes hasta los choferes de taxi lo hacen...

–Todo empezó cuando usted se compró un grabador.

–Así es. Le dicto mis impresiones al grabador y luego es mi secretaria que las pasa a máquina. Mi secretaria hace veinticinco años que trabaja para mí, así que imagínese los textos que habrá dactilografiado. Hablo con ella dos veces por día, me lee el correo, me cuenta los asuntos a resolver y con esas dos llamadas telefónicas arreglamos todo.

–Se ha dicho que usted era tan raro que tenía una habitación especial para firmar sus contratos.

–¡Oh! Era una pieza muy cómoda en la que recibía a los editores, a los productores de cine y que tenía un escritorio inmenso; pero yo trabajaba en una pequeña pieza, como un artesano; siempre me he considerado un artesano...

–Y ahora, en ese escritorio pequeño, casi de colegio... ¿no es una especie de vuelta a la adolescencia?

–Yo sigo siendo un adolescente, un niño casi; me hacen reír esos escritores que se toman en serio.

–Sin embargo, muchos críticos opinan en Francia que Simenon es el más grande escritor viviente. Luego de rechazarlo por ser "popular" lo consagran como al más grande novelista francés. ¿Está de acuerdo?

–No. Por otra parte yo soy belga, no francés y espero que se me considere belga.

–Me pregunto si usted no vive hoy tan modestamente porque lo ha tenido todo, porque lo ha conocido todo.

–Yo siempre tuve ganas de conocerlo todo sobre la gente. Nunca me interesaron los intelectuales ni las personas que los rodean. A mí me interesa el hombre desnudo. Hay una gran diferencia entre lo que yo llamo el hombre desnudo y el hombre vestido. Por ejemplo Balzac, a quien yo admiro tanto, ha sido el novelista del hombre vestido, del hombre ambicioso; casi todos sus personajes son ambiciosos. A mí me ha interesado más el hombre desnudo frente al espejo, con la cara sin afeitar. Es eso lo que he buscado toda mi vida en cualquier clase social; todo hombre es igual frente al dolor.

–Y usted, ¿ha sentido el dolor en carne propia?

–No. Pese a mi edad nunca he sentido el verdadero dolor. En realidad, lo que más temo es la disminución física. No quisiera ser un día una carga para mi mujer. En fin, dejemos eso...

–Háblame entonces de su último libro.

–Se titula *Memorias íntimas*. Es un verdadero ladrillo: dos mil páginas. Es lo único que puedo decirle. Escribo a mano, como siempre, en esos cuadernos escolares cuadriculados, y mi caligrafía es muy pequeña, de manera que una página mía, manuscrita, hace tres de imprenta. Un verdadero problema para las dactilógrafas, así que hemos buscado una manera de facilitarles el trabajo: se hace un microfilm primero, se lo coloca en una máquina que lo agranda y lo ilumina. El aparato es a la vez máquina de escribir automática... en fin, han montado un equipo ultramoderno para poder descifrar mi letra.

–¡Debe ser la primera vez que un escritor presenta esos problemas técnicos!

–Es la primera vez que me ocurre. Yo no quería que ese libro apareciera en dos o tres volúmenes. Es un todo y no es posible interrumpirlo.

–No quisiera arrancarle el secreto por la fuerza, pero ¿el libro trata de cosas íntimas, de gente conocida?

–Mire, cuando yo tenía cuarenta y dos años, un médico me dijo que me quedaban dos años de vida y entonces escribí un libro de memorias sobre mi infancia y mi adolescencia hasta los dieciséis años. Bien, como el médico se equivocó y todavía estoy en este mundo, he decidido escribir un libro que abarque toda mi vida, desde los dieciséis años hasta hoy.

–¿Cuál es la diferencia con sus últimos libros dictados al grabador?

–En esos libros yo hablaba de cualquier cosa que pasaba en ese momento, del tiempo que hacía, o de alguien que venía a visitarme... Este libro, en cambio, tiene una continuidad y una coherencia. Aquí he querido contar los reflejos de un hombre que envejece... ¡Vea qué curioso, he recibido más cartas de lectores por mis libros dictados al grabador que por mis novelas!

–Sin embargo, la crítica ha sido muy dura con esos libros.

–¡Oh, la crítica! Durante largo tiempo me criticaron el estilo por chato, directo, sin rebusques. En otras palabras, decían que escribía como un chancho. Ahora dicen que soy un genio y saludan ese mismo estilo que ha sido adoptado por algunos escritores jóvenes. Un estilo sin lirismo, sin sobresaltos, sin florilegios. Mis dictados, como le decía, me han valido cartas de lectores que me cuentan todo lo bien que esos libros les han hecho. En realidad, en esos libros no hablaba solamente de mí, sino del hombre común, de sus sensaciones, de sus ideas, de sus gustos...

–Una especie de autoanálisis.

–Si le parece. Pero no un análisis de mí mismo solamente, sino del hombre común que yo represento.

–Hay algo de coquetería en eso. ¡Usted ha escrito quinientos libros!

–Es que quizá yo tenga, como cualquier escritor, los sentimientos exacerbados. Uno no se hace escritor, uno *es* escritor.

–Y usted, ¿cómo descubrió que "sabía" escribir?

–No lo sabía. Sentía necesidad de hacerlo; aun hoy, cuando estoy un tiempo sin escribir me siento mal. Cuando mi médico me encontraba inquieto, deprimido, me preguntaba: "¿Cuánto hace que no escribe, Georges?" Yo le contestaba: un mes y medio, y él me decía: "Escriba una novela". Esa es la receta. Como para Picasso, que no paraba de pintar, porque tenía necesidad de hacerlo. El creador es un hombre sensible y receptivo. Ahora bien, si uno es receptivo siente necesidad de devolver lo que recibe. Durante los últimos años yo no había podido escribir porque sentía vértigo, físicamente no podía hacerlo y de allí que dictara en el grabador esos libros de los que hemos hablado. Después, cuando me fue físicamente posible hacerlo, cuando el vértigo desapareció, me puse a escribir *Memorias íntimas*, trabajando a razón de cinco a seis horas por día sin experimentar ninguna fatiga.

–¿Cómo fue ese reencuentro con la escritura? Quizá se haya preguntado usted si después de tanto tiempo no había perdido la técnica.

–No, si yo nunca tuve una técnica. La única técnica para mí ha sido la voluntad de simplificar, simplificar y simplificar. Suprimir lo inútil y lo superfluo en la escritura, como si lavara mis ideas con un cepillo antes de ponerlas en el papel. Las lindas frases me horrorizan. Nunca he sido capaz de leer libros como, por ejemplo los de Anatole France, que estaba de moda cuando yo me fui a París...

–¿A quién lee, entonces?

"¡Oh, la crítica! Durante largo tiempo me criticaron el estilo por chato, directo, sin rebusques. Decían que escribía como un chancho. Ahora dicen que soy un genio y saludan ese mismo estilo."

–Hace muchos años que no leo. Hasta los veinticinco años leía los clásicos, pero decidí no leer a los contemporáneos para evitar toda influencia.

–¿Y usted cree que la gente hace bien en leer a Simenon?

–Me da lo mismo. Sobre todo lo que piensa la crítica.

–¿Cuál es su régimen de trabajo?

–A las dos de la tarde, después de hacer la siesta, me instalo ahí, en ese escritorio, con una taza de té y cuatro pipas preparadas. Así trabajo hasta las ocho de la noche. Antes escribía por la mañana, cuando hacía novelas. Empezaba a las seis. Ahora no sé... las ideas me vienen por la tarde. Por la mañana camino con Teresa, mi mujer, y eso me hace sentir muy bien. Usted sa-



CON OSVALDO SORIANO

UN CHANCHO"

be que la salud del alma depende de la salud del cuerpo. El cuerpo está muy presente en mis novelas: mis personajes tienen corazón, hígado, riñones, como en la vida real. Tal vez por eso se han escrito varias tesis de doctorado en medicina sobre mis novelas. Usted me preguntaba hace un rato qué cosas leo y bien, el departamento está lleno de libros de medicina, biología y psicología; ése es mi hobby.

–Usted tiene ahora 78 años y era muy joven cuando empezó a escribir sus primeras novelas. ¿En ese tiempo consideraba viejas a las personas de 78 años?

–¡Uf, horriblemente viejas! Mire, esa pregunta es interesante, porque permite una reflexión: cuando usted lee una novela cualquiera, se da cuenta de la edad que tenía el autor cuando la escribió según el sentido que se le da a la palabra "viejo". En algunas novelas uno ve "viejos" de 55 años. Bien, ese libro ha sido escrito por una persona de 23 o 24 años; en otras novelas los personajes empiezan a ser viejos a los 60 o 65 años, ésas han sido escritas por hombres de 45 años. Siga la obra de cualquier escritor y usted conocerá la edad a la que escribió cada libro según el sentido que da a la palabra "viejo".

–¿A qué edad comenzó usted a sentirse viejo?

–Mi primera crisis fue, creo, a los 59 años, cuando escribía *Cuando yo era viejo*. Entonces me sentía mucho más viejo que ahora.

"–¿Y qué diría usted de sus propios libros? –Ah, no, yo no me releo nunca. Una vez que el libro está editado yo no quiero ni oír hablar de él. No me interesa lo que se diga ni lo que se haga con ellos."

–Ahí está su cama, en esta misma habitación y, perdone la curiosidad, veo que no hay junto a ella ninguna lámpara. ¿Usted no lee nunca en la cama?

–Jamás. Yo me acuesto sólo para dormir o para hacer el amor.

–Tampoco mira televisión...

–Sólo las noticias.

–¿Cuáles son sus diversiones, entonces?

–No siento necesidad de divertirme. No voy nunca al cine, ni al teatro, ni al restaurante. En los últimos veinte años vi dos películas: una sobre uno de mis libros, por compromiso, y otra cuando Fellini me envió su penúltima película, me mandó especialmente las bobinas y las proyectamos en privado.

–Hace poco, un famoso crítico, especialista en su obra, ha clasificado ésta en tres períodos, correspondientes a su paso por tres editoriales diferentes: Fayard, Gallimard y Presses de la Cité.

–Sí, ya lo sé. ¡Pavadas! Esas son cosas de intelectuales.

–¿Y qué diría usted de sus propios libros?

–Ah, no, yo no me releo nunca. Una vez que el libro está editado yo no quiero ni oír hablar de él.

–Durante mucho tiempo usted se escondió tras varios seudónimos. ¿Lo hacía para proteger su nombre hasta el momento en que se sintiera capaz de escribir un buen libro?

–Claro. Al principio yo no quería firmar los "Maigret" con mi nombre. Cuando Fayard iba a publicar el primero, el editor me preguntó qué seudónimo utilizaría. Yo le envié una lista pero no le gustó ninguno. Cuando llegó el momento de imprimir la cubierta del libro, Fayard me llamó y me dijo que necesitaba de urgencia un nombre. Le dije varios, pero ninguno le parecía bien. Al fin empezó a inquietarse y me preguntó: "¿Cómo se llama usted en realidad?". Simenon, le respondí. Y bien, me dijo Fayard, ponemos Simenon. Y así fue; pero yo no quería firmar los libros de Maigret con mi nombre. Imagínese, en ese tiempo yo escribía novelas para jóvenes, para señoritas, para viejos jubilados, y en cada caso utilizaba un seudónimo diferente.

–También escribió cuentos eróticos para revistas.

–Sí. Por supuesto, pero hoy darían risa, porque los diarios y la televisión utilizan ese lenguaje libremente.

–¿Le molesta esa libertad del cine o la televisión?

–No. De ninguna manera. Yo siempre he sido partidario de la libertad más completa.

–¿También de los excesos?

–Nunca la libertad es excesiva. Ni en las costumbres ni en la expresión.

–¿Y la pornografía?

–No tengo nada en contra. Al que no le gusta que no la mire.

–Volviendo a sus libros. ¿Sabe que en Bélgica y en Francia se venden por paquetes de seis, envueltos en plástico, como si fueran yogurt o lentejas? ¿No le molesta eso?

–Me da lo mismo. Qué quiere que le diga, ¡que hagan lo que quieran! Ahora van a hacer alguno en historieta también.

–Se diría que usted desprecia sus libros...

–No, despreciarlos no, pero una vez publicados no me interesa lo que se diga ni lo que se haga con ellos. Por otra parte, la adaptación para el cine, por ejemplo, ha sido siempre lamentable. Es penoso ver cómo se impone la figura de una vedette a un personaje que, para mí, tiene un rostro, una característica, una manera de vestirse. Ha habido más de cuarenta Maigret en el cine y ninguno logró construir el personaje. Quizá el primero, Pierre Renoir, logró aproximarse.

SIMENON, DE MEMORIA

JUAN SASTURAIN

Cuando el novelista Georges Simenon murió, en la madrugada del lunes 4 de setiembre de 1989 en su casa de Lausana, Suiza, había cumplido ochenta y seis años de edad y varias décadas de mito universal.

Y la afirmación no es exagerada. El joven y prolífico inventor de historias que exactamente sesenta años antes había creado, desde su máquina de escribir y en el oscuro muelle de un ocasional puerto holandés, al comisario Maigret, era, para el concepto de sus millones de lectores del mundo entero, una misma cosa que su personaje: la imagen serena de un hombre común entre iguales, la pipa en los labios, la humanidad ante el dolor, la desdicha o el error del crimen, el empeño tenaz y nunca desmentido de comprender y no juzgar.

Pero aunque Maigret era todo de Simenon, Simenon no era sólo Maigret.

UN SERIAL WRITER CON ESTILO. Nacido en Lieja en 1903, viajero desde la adolescencia, cuando abandonó su puesto de reportero en *La Gaceta* de su ciudad natal para correr al París de la primera posguerra, Simenon nunca dejó de ser un belga que escribía en francés con la máquina apoyada en cualquier parte del mundo. No es fácil concebir una vida rica en sucesos para un hombre que se sentó diariamente durante medio siglo de su vida ante el escritorio para redactar decenas de páginas por jornada de la mejor ficción y la mejor prosa francesa de su tiempo.

Sobre la mesa pobre de su bohardilla en París, desde el salón espacioso de un castillo en la campiña o en el cálido rigor de un ranch en Arizona, ante la ventana de fibras vegetales que da a un océano azul publicitario en Tahití o en la cubierta de su barco con el agua movediza bajo sus pies, en cualquier escenario Simenon escribe, inventa, teclea historias en un universo más o menos cerrado, nada cosmopolita, hecho a la medida de su investigador sedentario y de personajes aferrados y determinados por un ambiente, ese mundo sórdido o simplemente triste de "les petites gens" parisinas, ese entorno provinciano sin horizontes sorpresivos que tan bien conocía.

Este contraste alevoso entre la ubicua movilidad del autor y el pesado anclaje de su universo narrativo en ciertos contextos es un rasgo más de la característica constante en Simenon: la desmesura.

El inventor de Maigret fue un hombre excesivo, autor y factótum de una vida y una obra desbordadas. Los inevitables números recogidos por las crónicas reflejan el vértigo de su trabajo literario: quinientos millones de lectores –datos ya "viejos" de la Unesco– para una obra que comprende cerca de quinientos títulos publicados bajo veintitrés seudónimos. En la primera década de producción parisina escribió doscientas novelas populares e infinidad de cuentos de toda índole; luego vendrían las ochenta historias policiales de Maigret –entre 1931 y 1972–, entremezcladas con multitud de novelas a secas que constituyen un cuerpo narrativo sólido e impresionante, más los centenares de relatos, las crónicas periodísticas y los textos de testimonio personal. Verdadero *serial writer* –si esa categoría merece adoptarse para casos como el suyo– Simenon no incurrió en los lugares comunes de una prosa ortopédica y equívocamente "funcional" respecto de la acción. Por el contrario, a lo largo de centenares de miles de páginas fue dibujando un estilo chato, transparente, casi aquel grado cero de la escritura del que hablaba Barthes, que para los críticos fue primero síntoma de torpeza y -al final- señal de genio.

Pero nada de eso le importaba demasiado. Estaba muy ocupado en vivir.

HECHO Y DESHECHO A MANO. Un plan de publicación de ochenta títulos es tan desmesurado como el acto mismo de haberlos escrito. Sin embargo, aunque las cifras literarias abruman, los datos de la vida que recogen los textos más o menos personales de Simenon –desde la novela *Pedigree* y los *Dictés* de los años setenta a las *Memorias íntimas*, ese libro conmovedor– reiteran los excesos: la precocidad, la vitalidad, el eterno movimiento, la prodigalidad sexual expresada en miles (sic) de mujeres, en tres esposas, en cuatro hijos, en alternancia entre la euforia y la tragedia que crece sobre el final, como una mancha de tinta sobre tanta letra impresa.

Acaso por eso, esas postreras páginas –redactadas por Simenon entre 1980 y 1981– hayan sido escritas a mano, de puño y letra en sucesivos cuadernos, del mismo modo que había emprendido a los cuarenta años y ante la certeza de su muerte personal falsamente anunciada en 1943, el texto autobiográfico que luego convertiría en la novela *Pedigree*, en 1948.

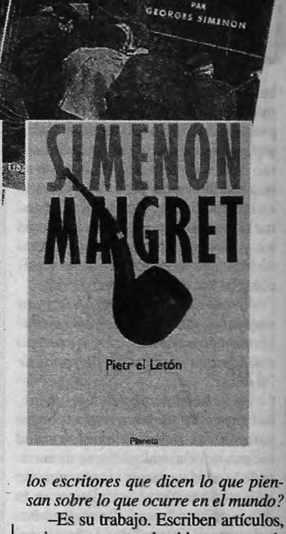
Ya en el ocaso, sentado día a día en setenta y tres jornadas que son otros tantos capítulos, Simenon no fue entonces el novelista que inventa tecleando contra reloj sino el hombre conmovido que escribe a pulso bajo el mandato de la muerte. Si alguna vez lo que lo llevó a la confesión en primera persona fue la inminencia de su propio fin, sobre el final fue el peso intolerable del suicidio de su hija Marie-Jo, a los veinticuatro años, en París, en mayo de 1978, lo que lo empujó a intentar la última palabra.

Viejo, lúcido, herido, es posible imaginárselo trabajando su letra menuda en el cuaderno junto a la ventana; cuando levanta la mirada del papel en el que escribe contempla el jardín donde se han dispersado las cenizas de Marie-Jo y donde alguna vez serán aventadas las suyas. Ese Simenon final es a la vez un hombre frágil y soberbio, golpeado por el dolor, capaz de la crudeza y expuesto a la cursilería. Escrito bajo la forma de sucesivas cartas o confesiones biográficas dirigidas a sus hijos, ese libro personal sin demasiados nombres propios y muy pocos nombres públicos puede ser leído, como un largo y doloroso prólogo al que sepropone como apéndice final: los textos, cartas y canciones que dejara su hija al morir.

Ajuste de cuentas afectivo, balance a memoria abierta con el pasado, culpas y glorias de la pasión vivida hasta el final, las *Memorias íntimas* de Simenon son el testimonio equívoco de un apasionado que aspiró a comprender y a no juzgar. No siempre lo logró, pero ese libro espera exactamente eso de sus hijos, de sus lectores, de nosotros.







–De sus libros, ¿cuáles son los que usted prefiere?

–Le voy a responder lo mismo que respondo desde hace cuarenta años: el único que me interesa es el último. El que estoy escribiendo. Por otraparte, mis libros han aparecido en 47 lenguas, sin contar las ediciones pirata, en chino, árabe y hebreo. ¿Cómo interesarme por algo que ya no me pertenece?

–Entonces es cierto que Simenon es multimillonario...

–No. La gente se olvida que he gastado fortunas durante toda mi vida. Si no hubiera comprado las propiedades y las cosas con las que me encaprichaba, quizá hoy sería rico, es cierto. He llegado a tener una cantidad increíble de castillos que hacía restaurar y luego revendía perdiendo dinero. Usted sabe que nunca me gustó vivir mucho tiempo en un mismo lugar: llegaba un momento en el que miraba a mi alrededor y me decía: "Pero, ¿qué estoy haciendo aquí?". Entonces vendía el castillo, o la villa, y me iba. Por supuesto, no soy pobre: tengo cuadros y objetos de valor guardados que valen mucho dinero.

–Aquí no hay lujo, todo es funcional. ¿Cuándo se va a mudar de nuevo?

–Nunca. Aquí me siento en mi casa. Aquí moriré y mis cenizas serán esparcidas en el jardín. Todas las disposiciones legales han sido tomadas.

–Todo eso luego de una vida nómada.

–Sí, he vivido en muchos lugares del mundo, pero nunca como turista. Siempre lo he hecho persiguiendo al hombre, el conocimiento del hombre común del que hablábamos antes. Tanto en Estados Unidos como en las selvas tropicales. Mis novelas se sitúan en esas regiones y en ellas se encuentra, creo, la esencia de ese hombre desnudo ante sí mismo por el que yo me intereso.

–Y también la mujer. Se dice, no sé si es una leyenda, que usted ha tenido ¡dos mil amantes!

–Es cierto, pero no es una hazaña ni me enorgullece...

–Pero, ¡dos mil!

–Todas tienen su atractivo, le aseguro. Siempre me han obsesionado las mujeres y el mejor contacto que uno pueda tener con una mujer es hacer el amor con ella. Recién después de haber hecho el amor uno se da cuenta cómo es la mujer. Hay muchas que aparecen a primera vista agrandadas y cuando salen de la cama no son las mismas. Yo pasé mi vida buscando *la* mujer entre todas las mujeres.

–¿Y la encontró?

–Sí, después de cincuenta años.

–¿Es tan exigente en cuanto a la belleza?

–No es una cuestión de belleza. Una mujer tiene que ser natural. Algunas pueden serlo durante algunas horas o algunos días, pero una mujer que sea natural en sus gustos, que sea verdaderamente mujer, sin ninguna afectación, es muy difícil de encontrar. Yo la encontré hace veinte años y desde entonces es la única para mí.

–Pero antes fue un mujeriego.

–Nunca. Jamás tuve que hacerme el gallito ni el pintón por una aventura de un cuarto de hora. En realidad, la primera mujer importante en mi vida la encontré a los 17 años, pero fue más bien una relación intelectual –no platónica, claro–: leíamos poetas y filósofos... en fin, uno siempre idealiza a la primera mujer de su vida. Cuando nos separamos yo contraje la enfermedad que llaman pasión. Porque es una enfermedad, una fiebre que nos cae encima a cualquier edad. A mí me duró veinte años y fueron los médicos quienes me prohibieron continuar...

–¿Los médicos? ¿Y se curó?

–Sí, pero porque encontré a Teresa, la mujer de mi vida, que es a la vez hembra, mujer, amante y amiga íntima con la que puedo vivir 24 horas por día.

–Usted acaba de decir "hembra". Ese calificativo va a herir a muchas mujeres.

–¿Por qué? Cuando alguien dice de un hombre que es macho, él se pone contento, ¿no? Bueno, pues no veo por qué una mujer se ofendería si la llaman hembra. Es un cumplido, de mi parte es un cumplido.

–¿Qué opina del matrimonio? –El matrimonio es una institución estúpida e incluso inmoral. ¿Cómo alguien puede saber a los 25 años lo que será a los 60? ¿Y cómo será la pareja que ha elegido? ¿Cómo puede firmar un contrato frente a la ley y asegurar que seguirá siempre enamorado de la misma persona?

–Pero usted es feliz después de 20 años con la misma mujer...

–Sí, yo la encontré. Pero es excepcional. No hay secretos entre nosotros, ni diferencias: yo conozco toda su vida y ella conoce la mía. Mi primera mujer acaba de enviarme las cartas de amor que yo le mandé cuando yo tenía 18 años y Teresa las ha leído todas.

–¿Y si su ex mujer publicara esas cartas?

–No sé, no me interesa, esas cartas son suyas. Yo le pedí las fotocopias para que Teresa pudiera leerlas.

–¿Le molesta que hablemos de la muerte?

–De ninguna manera.

–¿Le teme? ¿La espera con serenidad?

–No, no le temo, al contrario, la muerte puede ser un alivio. El día que me encuentre física o mentalmente disminuido, que pueda convertirme en una carga para Teresa o sentirme desgraciado, ella sabe lo que debe hacer. Yo sé que tendrá el coraje necesario para darme la inyección... y ése será su mejor acto de amor.

–Entonces no va a ser un suicidio a la Hemingway.

–No, yo no tengo armas de fuego, ni píldoras suficientemente fuertes para matarme... No, Teresa lo hará amorosamente, con un beso...

–Usted no es creyente.

–Yo creo en una cosa: en la vida con mayúsculas. Dios es la vida. Todo es Dios: desde las estrellas, o la tierra, o las piedras, o esas plantas que están allí.

–Sin embargo, el suicidio es, también, un acto de egoísmo.

–No. Creo que es lógico que cuando uno llega a la decrepitud o al dolor insoportable es hora de terminar. Y eso llegará un día para todo el mundo, aunque más no sea por razones económicas, para evitar al Estado una carga tan

"–Se dice, no sé si es una leyenda, que usted ha tenido ¡dos mil amantes! –Es cierto, pero no es una hazaña ni me enorgullece. –Pero, ¡dos mil! –Todas tienen su atractivo, le aseguro."

pesada.

–Usted ha dicho que quiere ser incinerado y que sus cenizas sean esparcidas en el jardín, junto a las de su hija. ¿Podemos hablar del suicidio de su hija?

–Si usted lo desea...

–Marie-Jo murió a los 25 años. Era actriz y escribía canciones. ¿Se ha preguntado por qué se suicidó?

–Lo sé. Yo sé por qué lo hizo.

–¿Lo sabía antes?

–Varios meses antes, sí. Temía que lo hiciera, pero no puedo decirle por qué.

–¿No pudo hacer nada para impedirlo?

–Hice todo lo posible.

–Pero la dejó sola.

–Ella era libre como lo son mis otros hijos. Jamás he dado una orden ni un consejo, no. Ella era libre como los otros. Nunca fui un padre opresivo: no les pido a mis hijos que me escriban ni que vengan a verme. Lo hacen cuando quieren o cuando tienen ganas. Es todo. Marie-Jo me envió textos y casetes que me hicieron comprender lo que iba a ocurrir, pero era inevitable.

–Usted ha escrito una Carta a mi madre. *¿Escribiría un día una "Carta a mi hija"?*

–No puedo contestar eso.

–De acuerdo. ¿Qué opina de los escritores que dicen lo que piensan sobre lo que ocurre en el mundo?

–Es su trabajo. Escriben artículos, opinan y se ganan la vida con eso más que con los libros. No es mi caso, yo no soy escritor, yo soy novelista. En mis dictados (dicté) dije lo que pienso. Y en los reportajes también lo digo. Cuando algo me indigna lo digo, pero la censura se encarga de cortar los párrafos que no le conviene pasar. Lo mismo la radio. En Suiza hay cierta libertad en ese sentido, pero en Francia o en Bélgica se encargan de que la gente conozca lo menos posible el horror y la tortura en el Zaire de Mobutu, por ejemplo. Porque el Zaire es una especie de protectorado franco-belga. Lo mismo mi opinión sobre la pena de muerte. Si Simenon dice que la pena de muerte es un crimen, un verdadero crimen de Estado, la televisión o la radio no lo dirán. ¿Usted vio lo que pasa en El Salvador? Pues bien, los norteamericanos apoyan el genocidio y los gobiernos europeos envían armas al gobierno. Yo he hablado sobre lo que pasa en Chile, en la Argentina, en Uruguay... ¿Hay alguna posibilidad de que lo que denuncia Simenon salga por televisión o publicado?

–No.

–Ya ve, si yo dijera que todo marcha a las mil maravillas me harían una publicidad bárbara. Una vez vino a verme, ya no me acuerdo de parte de quién, una señora argentina de la alta burguesía y me contó los horrores más increíbles con una sonrisa. Para ella todo eso estaba bien. ¿Sabe lo que hice? La eché, la interrumpí y la eché, porque no podía escuchar en silencio una cosa tan grotesca. El que calla otorga.

–¿Cómo se definiría usted políticamente, Simenon?

–Diría que soy un anarquista apacible. Rechazo todo tipo de violencia y no creo en las instituciones. Soy un individualista empedernido.


Registration Certificate No. 960339
Issued at Piccadilly Rko. W1 22.8.45
Name (Surname first in Roman Capitals) SIMENON Georges
Nationality Belgian
Born on 12/2/1903 in Liege
Previous Nationality (if any)
Profession or Occupation
Single or Married Married
Address of Residence Savoy Hotel, Strand, W.C.2
Arrival in United Kingdom on 20/8/45
Address of last Residence outside U.K. 21, Pl. des Vosges, Paris
Government Service Belgian Army 1921-22
Passport or other papers as to Nationality and Identity Belgian Passport No. 16126/4 issued Paris 18/7/45
Photograph
Left Thumb Print
Signature of Holder



Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza al Octubre Rojo* vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados en una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	3	6
2	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	1	29
3	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento donde un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, algún que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor checoslovaco donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con la vertiginosa lentitud.	4	11
4	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental, desde los griegos a Sartre.	8	3
5	*Inocente*, por Fernando Niembro y Julio Llinás (Grijalbo-Mondadori, 16 pesos). Una investigación novelada donde se combinan los elementos del thriller conspirativo girando alrededor de la figura de Maradona, el affaire de la efedrina y las intrigas político-corporativas del mundo del fútbol internacional durante el último Mundial de Estados Unidos.	2	6
6	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	5	12
7	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	6	5
8	*Historia de fantasmas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 11 pesos). Una familia japonesa se establece en Nueva York ante el ascenso del jefe del grupo. El entusiasmo y la excitación por la perspectiva de una nueva vida se esfuman cuando los cuatro miembros de la familia Shamada descubren que su nuevo hogar está habitado por fantasmas implicados en un asesinato.	–	1
9	*La casa vacía*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 14 pesos). Luego de diez años de infelicidad al lado de un marido rico pero aburrido, una mujer decide reencontrarse con su primer amor.	–	1
10	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma prestado mucho de la vida de su propio autor.	7	9

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Historia integral de la Argentina, III*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreynato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	–	1
2	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado *¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?*, el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	1	4
3	*El vuelo*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 15 pesos). Horacio Verbitsky, columnista de este diario, recoge el descarnado testimonio de un oficial de la Escuela de Mecánica de la Armada, Adolfo Scilingo, sobre las violaciones a los derechos humanos en la última dictadura militar.	4	10
4	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	9	5
5	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Calpe, 16 pesos). La socióloga y periodista Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	2	20
6	*¿Qué es la democracia?*, por Alain Touraine (Fondo de Cultura Económica, 15 pesos). El autor hace una revisión retrospectiva del concepto de democracia para analizar el verdadero significado que esa frase tiene en la actualidad. Plantea la necesidad de darle contenido a una democracia cada vez más asediada por el fantasma del autoritarismo.	6	4
7	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialismo, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	7	22
8	*Política y cultura a finales del siglo XX*, por Noam Chomsky (Ariel, 14 pesos). Un análisis sobre las perspectivas de la libertad, la justicia, el poder, la democracia y la cultura en esta nueva etapa del capitalismo.	5	6
9	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano habla de su concepción del fútbol y de la vida.	10	5
10	*Bocca*, por Julio Bocca y Rodolfo Braceli (Atlántida, 19,50 pesos), La autobiografía del mejor bailarín argentino. Desde la primera vez que sube a un escenario al año hasta la admiración actual del mundo, pasando por la imagen del padre que no conoció, el abuelo obrero que le adivinó el futuro y sus presentaciones en los escenarios de Moscú y Nueva York.	8	4

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Thomas Pynchon: **La subasta del lote 49** (Tusquets). Esperada reedición de una novela de culto, como todas las obras de este misterioso autor, que jamás se dejó fotografiar ni entrevistar y que, tras diecisiete años de silencio, en 1992 se mostró en excelente estado con *Vineland*.

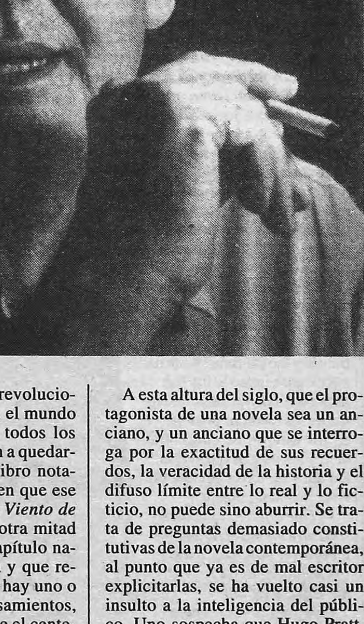
Carnets///

FICCION

Acá lejos y hace tiempo

HUGO PRATT
Viento de tierras lejanas
GRANDES NOVELISTAS • EMECE

VIENTO DE TIERRAS LEJANAS, por Hugo Pratt. Emecé, 1995, 368 páginas.



Hace algunos años –hace muchos, bastantes o no tantos, según la edad de quien profiera la frase–, *Billiken* publicó una historieta llamada *Ann de la jungla*. En el contexto de la revista, puro próceres de cartulina para recortar, pegar y ganarse a la maestra, *Ann de la jungla* fue durante cierto tiempo una pequeña joya semanal, una novelita de aventuras dosificada con cuentagotas. La historieta transcurría en el Africa, en la guarnición británica de Gombi, poco antes de la Primera Guerra; integraban su *cast* varios oficiales ingleses, un marino irlandés, soldados negros, un pastor protestante, Ann –la hija adolescente del médico británico– y Dan, principito centroeuropeo enviado a Gombi para apartarlo de los problemas de su país. Muchos párvulos que leían *Billiken* deben haberse enamorado de Ann, haberse imaginado en el lugar del príncipe Boris de Bogardia, alias Daniel Doria. Muchos, también, habrán descubierto luego, leyendo *El Corto Maltés* o *Los escorpiones del desierto*, la revista *Skorpio* o los libros de *Tótem*, que su devoción infantil por *Ann de la jungla* no estaba tan mal encaminada, ya que ésa fue la primera historieta íntegramente producida por Hugo Pratt, al que hasta entonces sólo le habían permitido dibujar los guiones de otros.

Pratt (Rímini, 1927) integra sin duda el panteón de los grandes del comic, y su nombre no desentonaría junto con los de Hal Foster, Will Eisner, Hergé, Milton Canniff o Goscinny. Durante su paso por la Argentina (1950-1961), aparte de crear *Ann de la jungla* y las posteriores *Capitán Cormorant* y *Wheeling*, colaboró nada menos que con Oesterheld en *Sargento Kirk*, *Ernie Pike* y *Ticonderoga*. Este país, sin embargo, sigue aún hoy proporcionándole materiales: en 1985 apareció un episodio unitario del Corto, *Y todo a media luz...*, ambientado en el Buenos Aires de los años 20, y ahora Emecé acaba de distribuir *Viento de tierras lejanas*, cuya acción se desarrolla en dos momentos cruciales de la historia nacional, las Invasiones Inglesas y el fin de la Campaña del Desierto del general Roca.

Viento de tierras lejanas no es la primera excursión de Pratt más allá de los confines de la historieta –la editorial veneciana Alfieri le publicó en 1971 un libro llamado *Pulga penetrante*–, pero el cambio de género, al menos en este caso, dista de haberlo favorecido. La novela cuenta las aventuras de Tom Browne, tambor del 71 de Cazadores Escoceses, que llega al Río de la Plata en 1806, como miembro de la escuadra con que sir Home Riggs Popham y el general Beresford pretendían anexar el país a Gran Bretaña y el tesoro del virrey Sobremonte a sus bolsillos. La vida a bordo, el amor de Tom por la joven irlandesa Molly Malone, las intrigas de los oficiales, las tensiones entre los que luego serían los revolucionarios de Mayo de 1810, el mundo de los esclavos negros, todos los eventos que llevan a Tom a quedarse aquí constituyen un libro notable. El problema reside en que ese libro es sólo la mitad de *Viento de tierras lejanas* y que la otra mitad es un cliché. Por cada capítulo narrado en tercera persona y que refiere los hechos de 1806 hay uno o dos que recogen los pensamientos, por así llamarlos, con que el centenario "indio blanco" Paraún hostiga al sargento Hermosid, parte de la comitiva enviada, hacia fines de la Campaña del Desierto, a aceptar la rendición del cacique Namuncurá. Paraún, desde luego, no es otro que Tom Browne, que vive entre los indios desde que se internó en la Patagonia buscando la mítica Ciudad de los Césares.

A esta altura del siglo, que el protagonista de una novela sea un anciano, y un anciano que se interroga por la exactitud de sus recuerdos, la veracidad de la historia y el difuso límite entre lo real y lo ficticio, no puede sino aburrir. Se trata de preguntas demasiado constitutivas de la novela contemporánea, al punto que ya es de mal escritor explicitarlas, se ha vuelto casi un insulto a la inteligencia del público. Uno sospecha que Hugo Pratt, temeroso de la crítica "culta", ha querido dejar bien claro que él también lee los suplementos literarios. Es una lástima, porque la narración de las aventuras de Tom Brown en nada desmerece a *Ann de la jungla*, historieta con que Pratt creó más lectores de novelas que muchos escritores "serios".

C.E.FEILING

ENTREVISTA AL AUTOR DE "ENTRE LA OBEDIENCIA Y LA OPOSICION. LOS MEDICOS Y LA ETICA PROFESIONAL BAJO LA DICTADURA"

MEDICINA Y TERROR

Profesor de Psiquiatría Transcultural en la Universidad de Hamburgo, Horacio Riquelme (Chile, 1951) pasó por Buenos Aires para presentar su investigación sobre los médicos, la ética y el terrorismo de Estado en Argentina, Chile y Uruguay.

ANDRES KLIPPHAN

Si no quieren que se quede ahora, paren de picanearlo", dijo el médico forense al revisar a un detenido que soportaba su segundo día de tormentos. El testimonio, brindado por el psiquiatra Norberto Liwski ante la CONADEP, es sólo un ejemplo de los tantos que demuestran la activa participación de médicos en la pasada dictadura. En su libro *Entre la obediencia y la oposición (Los médicos y la ética profesional bajo la dictadura militar)*, editado por Nueva Sociedad, Horacio Riquelme recorre los regímenes militares de las dos últimas décadas en la Argentina, Chile y Uruguay y demuestra que, "a diferencia de lo ocurrido en Alemania después del fin de la era nazi, los médicos implicados en estos tres países sólo han sido circunstancialmente procesados por su participación comprobada en violaciones a los derechos humanos". En el libro –que le demandó seis años de trabajo y también aborda en forma extensa la medicina bajo el nazismo– cuenta las actuaciones de los médicos prisioneros en los campos de concentración y los abusos que durante los años de terror imperaron en el hospital público.

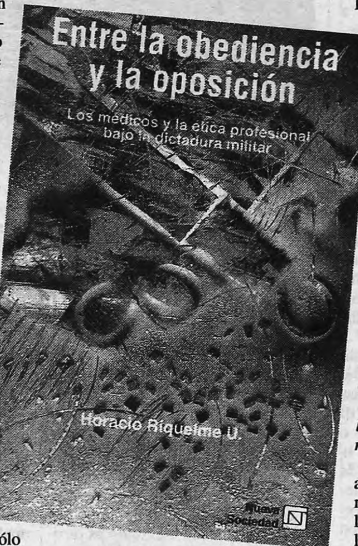
–¿Qué diferencias existieron entre los médicos que colaboraron con las dictaduras militares de la Argentina, Chile y Uruguay?

–Hay un nivel homogéneo. Se sabe que en los tres países hubo médicos que participaron en actos de tortura, elaboraron documentos falsos y firmaron certificados de defunción cuando hubo desapariciones. Pero sólo en la Argentina se comprobó la apropiación de recién nacidos, en Chile hay datos indirectos y de Uruguay no hay constancia.

–¿Qué actitudes adoptaron los colegios o tribunales de ética médica con los colegas que participaron en los campos de concentración?

–Tanto en Uruguay como en Chile existió una gestión para producir una depuración interna del "ser médico". Inclusive durante las dictaduras de estos dos países se realizaron juicios a médicos que habían infringido principios de ética profesional. En ese sentido las cámaras, colegios y sindicatos médicos de Chile y Uruguay se adelantaron a las gestiones de la justicia: ellos mismos crearon los cánones para juzgar a aquellos colegas que habían violado los derechos humanos. Si bien en la Argentina también se formó un tribunal para juzgar a los médicos que violaron los derechos humanos, no se actuó en forma tan contundente como en los otros dos países.

–En el curso de su investigación entrevistó a profesionales que estuvieron a favor y en contra de las dictaduras. ¿Qué le respondieron cuando les preguntó si los médicos debían participar en actividades de tortura?



–Hubo dos respuestas mayoritarias: una, que ética médica y tortura se excluían entre sí; otra, que los médicos no deben participar en castigos. Pero la tortura no significa castigo, la tortura es una forma de daño integral a la persona que la sufre. Responder que un médico no debe participar en castigos es disminuir la tortura a un eufemismo. A través de estas entrevistas me di cuenta de que la percepción de los problemas éticos han sufrido una lesión seria a través de la experiencia de la dictadura.

–¿Cómo justificaron la actividad represiva?

–Ninguno de ellos la justificó. Dieron sus argumentos por los cuales algunos médicos violaron normas básicas de la ética profesional. Muchos entendieron que había una guerra y que por lo tanto las normas comunes perdían vigencia.

–¿En los campos de concentración sudamericanos se realizaron experimentos médicos como lo hicieron los nazis?

–En mis entrevistas tuve oportunidad de tomar contacto, conversar e interrogar en base a un cuestionario abierto, con médicos que estuvieron a favor de las dictaduras. Algunos de ellos hicieron comentarios sarcásticos sobre la intención primaria de hacer trabajos de "alto riesgo y sin ningún problema" para comprobar teorías sobre fisiología o medicina fundamental, pero los tomo como comentarios sin constancia documental.

–¿Puede reproducir esos comentarios?

–No.

–¿Hay similitudes entre los médicos que colaboraron con el régimen nazi y los que lo hicieron en la Argentina, Chile y Uruguay?

–Una similitud bastante específica es que hubo médicos que adscribieron a las formas de represión y de deterioro de los prisioneros. Esto lo realizaron en forma directa y hasta el final. En los campos de concentración alemanes se realizaron experimentos, por ejemplo, sobre resistencia a la hipotermia o del grado de resistencia a enfermedades infecciosas. Entre los médicos de la Argentina, Chile y Uruguay también existió una capacidad de subordinarse a actividades exterminadoras.

–A través de la tortura...

–No. Creo que los médicos que trabajan la tortura no tienen como intención matar sino torturar para obtener información, quebrar al individuo en términos integrales. La persona que fue víctima de tormentos es mucho más "útil" si sobrevive y sirve de ejemplo viviente para quienes pueden ser opositores a la dictadura.

–¿No se estaba experimentando sobre el grado de resistencia a la tortura?

–No experimentaban. Lo que hacían era atenerse a los principios de la medicina intensiva. Esta rama estudia los límites de la resistencia humana y la forma de tratar a un paciente que está en situaciones críticas, como por ejemplo un infarto cardíaco. La medicina intensiva trata de recuperar o mantener el control de las funciones vitales para que supere la etapa crítica y pueda volver a su estado de salud regular. Eso fue utilizado por los médicos sudamericanos. Cuando un prisionero llegaba a una situación límite, el médico que "atendía" al torturado trataba de mantenerlo en condiciones fisiológicas regulares para seguir con la tortura. Fue, y lo es todavía, una forma perversa de utilizar la medicina.

–Los médicos nazis dejaron constancia escrita de sus trabajos. ¿Hay artículos elaborados por los médicos que participaron en los campos de concentración, por ejemplo de la Argentina?

–La respuesta a esa pregunta la puede dar un minucioso estudio de los documentos encontrados hace dos años en Paraguay. Tengo entendido que son archivos muy sistemáticos sobre la fluida cooperación entre las fuerzas de seguridad paraguayas con las de Uruguay, Chile, Brasil y Argentina. Entre esa documentación puede haber algunos artículos médicos en los que se manifiesten conclusiones o "progresos" obtenidos entre los "colegas" que actuaban en las salas de tormento.

ARTHUR SCHOPENHAUER

• Si la vida y la existencia fueran un estado agradable, todo el mundo se sometería de mal grado al estado inconsciente del sueño y saldría de él con placer. Pero sucede todo lo contrario: todo el mundo se acuesta con placer y se despierta de mal humor.

• ¡Qué abismo entre el inicio y el fin de la vida! Comienza en un encantamiento cálido y voluptuoso; se termina en la destrucción de los órganos y en el olor a podredumbre de los cadáveres. El camino que lleva de uno a otro es una declinación en la relación entre el placer y la alegría de vivir: la infancia es feliz, la juventud es alegre, la adultez es triste, la vejez es lamentable. ¿No ocurre todo como si la existencia fuera un error cuyas consecuencias se hicieran siempre y lamentablemente evidentes?

• Seguramente no hay una clara y definitiva diferencia entre la vida y los sueños, la diferencia es apenas formal y relativa; no hay, hablando seria y sinceramente, ninguna diferencia esencial entre una polución y el coito. Hay en ambos una sensación fugaz y una emisión de semen; en los dos casos, la *voluntad* de satisfacción hasta donde se puede y la *representación* tiene todo lo que necesita para ser afectada, es decir una imagen, un fenómeno. Después de una como de la otra sentimos haber corrido detrás de una sombra irreal.

• La cuestión de saber si conviene o no casarse se resuelve en la mayoría de los casos en la cuestión de saber si las necesidades sexuales son más importantes que las necesidades alimentarias.

• Contemplamos con infinita compasión a aquel que debe morir y sin embargo sabemos que lo que ocurre no es sino el fin de un estado que nada tiene de deseable. ¿No es ésta la prueba de que nuestro ser más íntimo es un ciego *querer vivir*?

• Uno se consuela de los males de la vida con la idea de la muerte y de la muerte con la de la vida. Agradable situación.

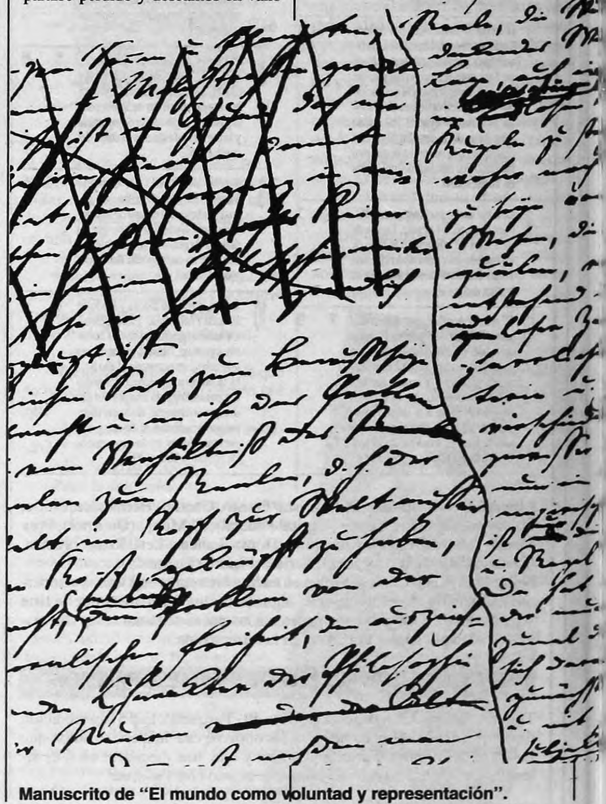
• *La felicidad no es sino un sueño y lo real es el dolor*, dijo Voltaire. Pero cuando estamos libres de todo dolor, inquietos deseos nos seducen con las quimeras de una felicidad que no existe, nos incitan a seguirlas y de esta manera nos lanzan a un sufrimiento que es efectivamente real. Enseguida empezamos a lamentarnos por el estado sin sufrimiento que hemos perdido y que queda tras nuestro como un paraíso perdido y deseamos en vano poder hacer que lo que ha sucedido no suceda. Es como si un genio malvado nos sacara constantemente de un estado sin sufrimiento, que es realmente más elevado, por medio de las fantasmagorías del deseo. En este sentido, Voltaire dice acertadamente que la vida es una *broma de mal gusto*.

• El acto sexual es una acción de la cual todos los hombres, siempre y en todas partes, se han avergonzado íntimamente y que disimulan por esa razón, al punto que prefieren ser sorprendidos a punto de cometer un crimen antes que en este acto. En una situación de fría reflexión, más aún cuando se está en una disposición de espíritu elevada, no se podrá pensar en este acto sino con repugnancia, cuando no con horror. Pero es únicamente por el ejercicio perpetuo de una acción de esta naturaleza que subsiste el género humano. Este es el hecho en bruto, pero no veo ninguna confirmación más fuerte que pueda recibir mi filosofía que precisamente este punto tan paradójico concerniente a la satisfacción sexual. Si el optimismo tuviera razón, si la existencia humana fuera la obra de una sabiduría trascendental y soberana y de un ser bondadoso y si fuera digna de alabanza, tan preciosa y gozosa, el acto que la perpetúa debería presentar otro aspecto. Si, por el contrario, la existencia es una especie de error o de callejón sin salida, la obra de una voluntad ciega cuyo desarrollo más feliz sería el de suprimirse, el acto que la perpetúa debe aparecer tal cual aparece.

• El suicidio es también un experimento, una pregunta que se le hace a la naturaleza y que desea forzarla a responder: ¿qué cambio hace la muerte sufrir a la existencia y al conocimiento del hombre? Pero este experimento no es conveniente: el suicidio suprime efectivamente la identidad de la conciencia que podría llegar a escuchar la respuesta.

• A consecuencia de que el hombre obtiene placer de la procreación, otro (su hijo) debe vivir, sufrir y morir. ¿Cómo podrían ellos formar sino una sola y misma cosa?

• La prueba del sufrimiento general y del estado de infelicidad del hombre es aportada por su maldad. La pequeñez de espíritu, la abyección, la malignidad y la falsedad no podrían ser tan generales si el látigo sin descanso de la necesidad y del sufrimiento no guiaran a los hombres. Sin la gran necesidad de ser otro, el hombre sería

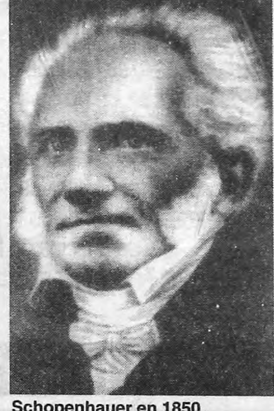


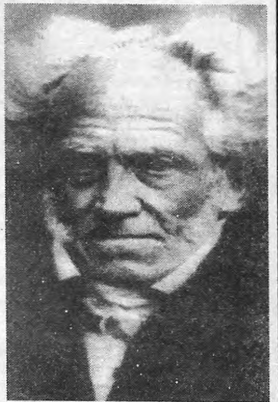
Manuscrito de "El mundo como voluntad y representación".

PEQUEÑO BREVIARIO CINICO

Desconocidos hasta hace muy poco, estos textos de Arthur Schopenhauer son una muestra condensada del furioso e inteligente pesimismo militante del autor de "El mundo como voluntad y representación", el gran filósofo alemán que intentó acercar la filosofía a los problemas cotidianos.


Retrato hecho por A. W. Göbel.


Schopenhauer en 1850.


El filósofo en 1859.

seguramente correcto, valiente, probo y mostraría dignidad.

• El ser verdadero del hombre es el deseo; la representación es algo secundario, agregado, por decirlo de alguna manera, exterior. Sin embargo el hombre no encuentra su verdadera salvación sino cuando el deseo ha desaparecido de la conciencia y sólo permanece la representación. Hace falta, entonces, que sea abolido lo esencial y que subsista algo que no es sino un fenómeno (la representación), su suplemento. Esto da mucho que pensar.

• El intelecto es un obrero duramente ocupado, al que su muy exigente patrón (la Voluntad) ocupa de la mañana a la noche. Pero si este siervo puesto a trabajar alguna vez llega ejecutar voluntariamente su trabajo durante una hora de reposo, sin su jefe y por su propio placer, ese trabajo es entonces la verdadera *obra de arte, la obra del genio*.

• La música no habla de las cosas: habla simplemente del placer y del sufrimiento (que son las únicas realidades para la voluntad); es ése el motivo por el que habla al corazón, dado que nada tiene que decirle directamente a la cabeza.

• De la misma manera que la luz no resulta visible si no es reflejada por un objeto, la excelencia no adquiere absoluta certeza de sí si no es por la gloria.

• Los niños me parecen a veces similares a delincuentes inocentes que no son condenados a morir, sino a vivir, sin haber escuchado las razones del juicio.

• Cuando la angustia trata de introducirnos en sueños pesados y horrorosos produce ella misma los despertares que hacen desaparecer los temores nocturnos. Sucede lo mismo en los sueños que en la vida, pues el máximo de angustia nos lleva a interrumpirlos.

• El humor es el reverso de la ironía. De la misma manera, en efecto, que el humor es la broma escondida por detrás de lo serio, la ironía es la seriedad escondida detrás de la broma.

• Se dice que después de la muerte el cielo nos pedirá cuentas, pienso que podríamos en principio pedirle cuentas por la broma de mal gusto de la existencia que tenemos que sufrir sin saber por qué razón y con qué objeto.

• Que se compare entonces todas las alegrías y toda la felicidad a la que una pobre vida humana es susceptible en el mejor de los casos con la miseria y el sufrimiento por los que pasa o solamente la que le es inseparable.

• La posteridad es el tribunal de casación de los juicios de nuestros contemporáneos.

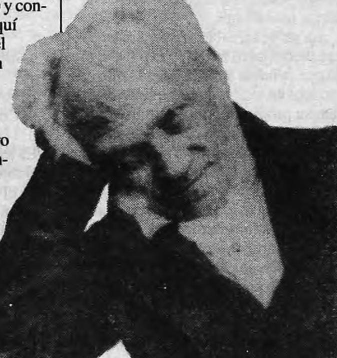
• Si se considera al mundo tal como se presenta, como el lugar de encuentro de seres atormentados y que morirán pronto, si se piensa que un Dios los ha sacado de la nada, hay que decir que se trata de un placer extraño y desprovisto de toda bondad.

• De la misma manera que en el sueño, donde somos evidentemente la inspiración oculta y el director de todas las personas y todos los sucesos, ocurre muy frecuentemente que antes mismo de que las personas hablen o que los sucesos se produzcan, adivinamos por anticipado lo que va a decirse o suceder, tenemos a veces en la realidad una sospecha aún más oscura de este tipo (que llamamos presentimiento) y conduce a suponer que somos aquí también en un cierto sentido el director secreto, aunque de un punto de vista inconsciente.

• Sé bien que todo hombre que piensa considera su época como la más miserable, pero debo confesar que no estoy exento de esa ilusión.

• La maldad será expiada, eso es lo que se dice, en el otro mundo; pero la estupidez en éste.

• El gran público cree que a los libros hay que consumirlos frescos como a los huevos; razón por la cual busca conocer todo lo que es nuevo.



• Con algunas raras excepciones, todo ser en el mundo, hombre o animal, trabaja con todas sus fuerzas, con todos sus esfuerzos, de la mañana a la noche, por su sola supervivencia. Esta supervivencia no es digna de que se le dedique tanto tesón; en realidad, tendrá un final al cabo de un tiempo. La empresa no cubre sus gastos.

• Pienso en el día no muy lejano en que cesaré de ser, o mejor, me preparo a eso, pero fracaso, de la misma manera en que trato de pensar en un triángulo recto equilátero, en el nacimiento y la desaparición de la materia y en otras imposibilidades.

• Las ilusiones que nos proveen los apetitos eróticos pueden compararse con ciertas estatuas cuyo emplazamiento las destina a no ser vistas sino de frente y que parecen entonces bellas, mientras que, vistas por detrás, se presentan como en un mal día. Lo que nos seduce del amor es parecido: mientras lo tenemos ante nosotros y lo esperamos, se nos aparece como un paraíso de delicias; pero cuando ha sucedido y entonces le vemos la espalda, aparece como algo irrisorio e insignificante, algo repugnante.

Traducción: Marcos Mayer
Fuente: Magazine Littéraire, distribuido por Edicial.

EL FILÓSOFO DE LA VOLUNTAD

EVA TABAKIAN

Alguna vez Borges confesó que había aprendido alemán nada más que para leer las obras de Arthur Schopenhauer. Tal vez hubiera coincidido en la afirmación que recogen sus diarios de adolescencia: "La vida es un duro problema. Yo he resuelto consagrar la mía a la reflexión".

De todos modos, esta resolución le llevó a Schopenhauer, nacido en Danzig en 1788, mucho tiempo, ya que su padre lo persuadió de dedicarse a los negocios en su juventud. Sólo después de su suicidio en 1806 se decidió en primera instancia a cursar medicina en la Universidad de Göttingen y luego filosofía en la de Berlín, donde asistió a los cursos de Fichte.

En 1820 llega a conseguir el tan ansiado título –que Freud no logró sino después de mucho esfuerzo y con ayuda de una paciente– de Privat Dozent. Sin embargo no tuvo ningún éxito en esta actividad como tampoco con la publicación de sus primeros libros y emprendió un largo período de viajes por Alemania e Italia en el curso de los cuales tomó las notas acerca de arquitectura, escultura y pintura que serían materia de su obra más importante, *El mundo como voluntad y representación*.

Su oposición al hegelismo, la filosofía dominante de su época, y su modo personal hicieron que su obra fuera conocida recién poco antes de su muerte y aun así restringida a los aspectos éticos y estéticos. Las diferencias de Schopenhauer con Hegel parten de un doble rechazo. Por un lado, no acepta el método y el contenido de la filosofía romántica y, por otro, tampoco comparte el racionalismo tal como es entendido por la Ilustración. Su tesis principal –"el mundo, tal como es dado, es solamente representación"– se fundamenta tanto en la conceptualización del espacio-tiempo kantiana y en la Idea de Platón como en la especulación metafísico-religiosa del budismo, que incorpora su pensamiento a partir de su relación con el orientalista Federico Maier, quien lo inició en el brahmanismo y el budismo.

La representación, en este marco, es el mundo tal como es dado, en su inconsistencia y en su engañosa y aparente multiplicidad. Por ese motivo, preguntarse por la "realidad verdadera y única" es preguntarse por lo que se encuentra tras la apariencia, por lo que sólo depende de sí mismo, por lo Absoluto.

Una primera respuesta a esto da como resultado una "intuición de sí mismo" en la cual el sujeto que pregunta se conoce a sí mismo. A partir de este conocimiento se produce el paso del "mundo como representación" al "mundo como voluntad" que se da a partir de lo que Schopenhauer llama la intuición de la propia voluntad del sujeto que luego deviene en una generalización de la Voluntad, única, que representa el verdadero ser. Así, la Voluntad es única y absoluta, en tanto la Representación es la imagen del mundo como una pluralidad que tiene su causa en el espacio y el tiempo.

Pero lo más relevante es que la Voluntad, ante todo, es el origen de todo dolor y de todo mal, porque es primordialmente querer vivir y la vida no es nunca algo completo y definitivo. El único camino que conduce a la supresión del dolor se da por la conciencia, que puede abocarse a la contemplación de las ideas o que puede, incluso, llegar a la negación consciente de la "voluntad de vivir".

La primera posibilidad desemboca en un acto de intuición artística y el artista es el que logra por esta vía la contemplación de esas primeras objetivaciones de la Voluntad y de aquí llega a su dominio en la obra. Sin embargo, esta vía es un paliativo momentáneo.

Para Schopenhauer, el estadio superior de la liberación del dolor lo constituye lo que él denomina la "ética del pesimismo". Esta consiste en que cuando la Voluntad ha llegado a adquirir conciencia completa desí misma puede renunciar a sí misma, cifrar toda su aspiración en la resignación, en el ascetismo, en el autoaniquilamiento y en la inmersión pura en la Nada.

La filosofía de Schopenhauer con su concepción de la intuición artística y sobre todo de la música, como por su moral del pesimismo influyó sobre todo en la poesía y en el arte. Wagner habría de dedicarle *El Anillo de los Nibelungos*, pero la admiración no fue recíproca. Schopenhauer responde con una frase contundente: "Díganle que guarde su música en su estudio".

El llamado pesimismo y el descreimiento de Schopenhauer lo convirtieron en el fundador de una línea filosófica que inaugura un vínculo entre la reflexión y la vida cotidiana que luego intensificó Nietzsche y que marcó la literatura de fines del XIX y principios de este siglo desde Tolstoi a Proust, de Beckett a Thomas Bernhard. Así se comprende mejor lo que Freud dijo sobre él: "El filósofo que pudo confrontarse con los enigmas del mundo".

Luego de dos primeras novelas, "Alto riesgo" y "Mohawk" –aún no traducida–, Richard Russo se traslada a North Bath, un pueblito que, como Sully –interpretado por Paul Newman en la versión fílmica "Las cosas de la vida", de Robert Benton– y la señorita Beryl –Jessica Tandy en su último papel– ha conocido tiempos mejores. Aquí se anticipa un fragmento del libro que Anagrama distribuirá esta semana.





RICHARD RUSSO

Beryl Peoples, "la señorita Beryl", como la conocía casi todo el mundo en North Bath, llevaba viviendo sola el tiempo suficiente para haberse acostumbrado al sonido de su propia voz, y no siempre distinguía entre la que oía con sus oídos cuando hablaba y la que resonaba en su cabeza cuando pensaba. Era la misma persona, a su manera de ver, y no la avergonzaba más hablar consigo misma que pensar para sí. Estaba bastante segura de que no podía ahogar una voz sin ahogar la otra, algo que no tenía la menor intención de hacer mientras tuviera tantas cosas que decir, aunque la única que las escuchara fuese ella.

Por ejemplo, le habría gustado decirle al joven que había probado su guante y hecho una mueca que le consideraba absolutamente típico de esta época ilusa. Si había un rasgo que se repetía sin cesar en el mundo actual, un mundo con el que la señorita Beryl, a los ochenta años de edad, ya no estaba segura de estar en perfecta armonía, era la ligereza con que se aceptaba todo. "¿Cómo vas a saber si te gusta si no lo pruebas?" era la forma en que lo expresaba mucha gente joven. En opinión de la señorita Beryl –y se enorgullecía de pensar de un modo bastante racional–, a menudo sí se podía saber, por lo menos si uno prestaba atención, y el hombre que acababa de probar el interior del árbol y de hacer una mueca no tenía más razón para estar decepcionado que su amiga la señora Gruber, que había afirmado en voz alta en el comedor principal del Northwoods Motor Inn que no le gustaban ni el sabor ni la textura del caracol que acababa de escupir en la servilleta. A la señorita Beryl no la había conmovido la mueca de su amiga.

–¿Qué había en su aspecto para hacerte pensar que estaría bueno?

La señora Gruber no había respondido a esta pregunta. Después de escupir el caracol en la servilleta, estaba profundamente preocupada por el problema de qué hacer con ella.

–Tenía un aspecto gris, baboso y desagradable –le recordó la señorita Beryl a su amiga.

La señora Gruber admitió que eso era cierto, pero luego le explicó que lo que la había atraído no era tanto el caracol en sí como el nombre. –Tienen su propio nombre en francés –le recordó la señorita Beryl, mientras cambiaba furtivamente su servilleta manchada por otra limpia de una mesa vecina–. *Escargot*.

También había una palabra en inglés, le había recordado la señorita Beryl. Caracol. Probablemente la mierda de caballo también tenía un nombre en francés, pero eso no quería decir que Dios tuviera el propósito de que te la comieras.

No obstante, estaba secretamente orgullosa de que su amiga hubiera probado el caracol y tenía que reconocer que la señora Gruber era más aventurera que la mayoría de las personas, incluyendo a dos hombres llamados Clive, con uno de los cuales se había casado; al otro le había traído al mundo. ¿Dónde está el término medio entre un sentido de la aventura y el simple sentido común? He ahí una pregunta humana.

El hombre que había probado el interior del olmo debía ser aún más tonto que la señora Gruber, pensaba la señorita Beryl, ya que no bien hizo la mueca, se quitó el guante de trabajo, metió el dedo otra vez en el agujero y lo probó de nuevo, probablemente para comprobar si el mal sabor tenía su origen en el árbol o en el guante. A juzgar por su expresión, debía de ser en el árbol.

Al cabo de unos minutos los hombres de bata blanca recogieron sus herramientas y volvieron a cargarlas en las furgonetas de los alegres árboles. La señorita Beryl, curiosa, salió al porche y les miró maliciosamente hasta que uno de los hombres se acercó a ella y dijo:

–Buenas.

–Buenas –contestó la señorita Beryl.

El joven permaneció inexpresivo.

–¿Cuál es el veredicto? –preguntó ella.

El joven se encogió de hombros, se dobló hacia atrás por la cintura y miró el entramado de ramas negras.

–Son viejos, sencillamente –explicó, volviendo su atención a la señorita Beryl, que estaba aproximadamente a su misma altura a pesar de que él estaba de pie en el escalón más bajo del porche y ella en el más alto–. ¡Diantre, es que éste de aquí –señaló el olmo de la señorita Beryl–, si fuera una persona, tendría ochenta años!

El joven hizo esa observación sin mostrar la menor vacilación, aunque la diminuta mujer a la cual le daba la información, cuya espalda tenía la forma de un codo, era claramente contemporánea del árbol de acuerdo con su propia analogía.

–Quizá podríamos animarlo un poco con unas vitaminas –continuó–, pero...

Dejó la frase en el aire significativamente, al parecer confiando en que la señorita Beryl tuviera suficiente inteligencia como para entender su insinuación.

–Que pase un buen día –dijo el hombre antes de volver a su furgoneta del árbol alegre y marcharse.

Si la "animación" tuvo algún efecto, por lo que la señorita Beryl pudo ver, fue pernicioso. Ese mismo invierno una enorme rama del olmo de la señora Boddicker, bajo el peso de la nieve y la cellisca, se había partido como un hueso quebradizo y se había precipitado, no sobre el tejado de la señora Boddicker, sino sobre el de su vecina, la señora Merriweather, y había derribado limpiamente su chimenea de ladrillo. Cuando la chimenea cayó, redujo a escombros el baño para pájaros de la señora Gruber, la misma señora Gruber a la cual había decepcionado el caracol. Desde aquel primer incidente, cada invierno traía alguna calamidad, y últimamente, cuando los residentes de Upper Main miraban el dosel de ramas arqueadas, lo hacían con temor en lugar de con su acostumbrado afecto religioso, como si Dios mismo se hubiera vuelto contra ellos. Examinando el laberinto de ramas negras, los residentes de Upper Main identificaban las ramas de los árboles de sus vecinos que tenían un aspecto especialmente peligroso y recomendaban costosas podas. A decir verdad, los árboles eran tan maduros,sus ramas superiores tan altas, tan distantes de los viejos ojos que las escudriñaban, que era difícil adivinar a qué árbol pertenecía una rama determinada, de quién sería la culpa si se rompiera.

El asunto de los árboles era únicamente más mala suerte y, como a los residentes de North Bath les gustaba decir, si no fuera por la mala suerte, no tendrían ninguna. Esto no era estrictamente cierto, porque la población debía precisamente su existencia a la buena fortuna geológica en forma de varios excelentes manantiales de aguas minerales, y en los tiempos coloniales el pueblo había sido un centro de veraneo, tal vez el primero de Norteamérica, y había atraído visitantes hasta de Europa. En el año 1800 un hombre de negocios emprendedor de nombre Jedediah Halsey había construido un enorme hotel de casi trescientas habitaciones y lo había llamado el Sans Souci, aunque los lugareños se referían a él como la Locura de Jedediah, ya que todo el mundo sabía que no se podían llenar trescientas habitaciones en mitad de lo que hasta hacía muy poco tiempo había sido un territorio inhabitado. Pero Jedediah Halsey las llenó, y en la década de 1820 habían surgido varios establecimientos hoteleros menores para aprovechar el exceso de clientela y los caminos de tierra del pueblo estaban atascados por los lujosos carruajes de la gente llegada a tomar las aguas de Bath (porque así se llamaba el pueblo entonces, sólo Bath, el "North" se le había añadido un siglo más tarde para distinguirlo de otro pueblo más grande del mismo nombre en la parte occidental del estado, aunque los residentes de North Bath habían rechazado tercamente el prefijo). Además, no era sólo las aguas minerales curativas lo que la gente iba a tomar allí, ya que cuando Jedediah Halsey, un hombre religioso, vendió el Sans Souci, el nuevo propietario copó también el mercado de aguas destiladas y durante las largas veladas de verano el salón de baile y las salas del Sans Souci estaban llenas de juerguistas. Bath se había vuelto tan próspero, que nadie hizo caso cuando se descubrieron varios otros excelentes manantiales de aguas minerales unos kilómetros más al norte, cerca de una minúscula comunidad que llegaría a ser Schuyler Springs, el rival de Bath en aguas curativas. Los dueños del Sans Souci y los residentes de Bath vivieron literalmente sin cuidado hasta 1868, cuando comenzó a ocurrir lo impensable y los varios manantiales, uno por uno, sin aviso ni razón aparente, empezaron, como la suerte, a secarse, y con ellos la riqueza y el futuro del pueblo.

La suerte (¿qué otro nombre podríamos darle?) quiso que la advenediza Schuyler Springs fuera la beneficiaria inmediata de la defunción de Bath. Aunque sus manantiales se originaban en la misma falla que había abastecido los de Bath, los de Schuyler continuaron fluyendo alegremente, por lo que los visitantes cuyos lujosos carruajes se habían metido durante tanto tiempo por el largo paseo circular que había delante de la entrada principal de Sans Souci seguían ahora unos cuantos kilómetros por la carretera y entraban en el aún más grande y más elegante hotel de Schuyler Springs, que había sido terminado (¡hablando de suerte!) el mismo año en que se secaron los manantiales de Bath. Bueno, tal vez no era suerte exactamente. Durante años el pueblo de Schuyler Springs había estado abriendo nuevas vías, los inversores neoyorquinos y los hombres de negocios locales habían promocionado otras atracciones distintas de las que ofrecía el Sans Souci. En Schuyler Springs había combates de boxeo durante todo el verano, además del juego, y, lo más emocionante de todo, estaban construyendo un hipódromo para que compitieran caballos pura sangre. Los ciudadanos de Bath eran conscientes de estas iniciativas, por supuesto, y habían estado observándolas, con regocijo al principio, esperando que fracasaran, ya que los planes del grupo de Schuyler Springs les parecían aún más insensatos de lo que habían sido las trescientas habitaciones del Sans Souci. Ciertamente, no había necesidad de *dos* balnearios, dos grandes hoteles, dentro de un contexto geográfico tan pequeño. Lo cual significaba que Schuyler Springs estaba condenado al fracaso. La locura tenía límites. Cierto, el Sans Souci de JedediahHalsey, más que insensato, había sido "visionario" que, como todo el mundo sabía, era el nombre que se le daba a una idea insensata cuando salía bien a pesar de todo. Y cuando los manantiales se secaron y los visitantes se fueron, la gente se apresuró a señalar que el Sans Souci, más que triunfar, había disfrutado de un éxito temporal. La inmensa mayoría de sus casi quinientas habitaciones (porque el hotel había sido ampliado a gran escala menos de tres años antes de que los manantiales se secaran) estaban ahora vacías, como todo el mundo había predicho en un principio que ocurriría. Así que la gente empezó a felicitarse por su sagacidad, y los residentes de la en otro tiempo afortunada y ahora trágicamente infortunada población de Bath se sentaron a esperar que su suerte cambiara otra vez. Pero no cambió.

Antes de 1900 Schuyler Springs había barrido del terreno a sus competidores. El incendio del Sans Souci en 1903 fue el final simbólico, pero, por supuesto, la batalla estaba perdida hacía mucho tiempo y prácticamente todos estaban de acuerdo en que el incendio del Sans Souci no podía realmente considerarse mala suerte, ya que, casi con certeza, el fuego lo había iniciado el dueño del hotel para cobrar el seguro. El hombre había muerto en el incendio, al parecer intentando avivarlo cuando quedó claro que el viento había cambiado y sólo la primitiva estructura de madera, no el nuevo y más lujoso anexo, iba a arder, a menos que él pusiera algo de su parte. Siempre es un problema *definir* en qué consiste la suerte cuando se refiere a los seres humanos y a sus empeños. Que el viento cambie cuando tú no quieres que cambie puede considerarse mala suerte, pero ¿qué decir de un hombre que empuja frenéticamente un bidón de gasolina demasiado cerca de las llamas que él mismo ha prendido? ¿Tiene mala suerte cuando una chispa le manda a la eternidad?

En cualquier caso, el pueblo de North Bath, ahora, a finales del otoño de 1984, seguía esperando que su suerte cambiara. Había signos esperanzadores. Un restaurado Sans Souci, o lo que quedaba de él, volvería a abrir sus puertas en el verano, y un nuevo manantial había sido perforado con éxito en los extensos terrenos del hotel. Y es que la suerte, o al menos eso asegura la sabiduría popular, va a rachas.